

I Concurso Nacional de Leyendas y Relatos Breves

Moncayo, Monte Mágico y Sagrado

Título: Los sueños de sor Ignacia

Seudónimo: Beni Lula

Los sueños de Sor Ignacia

Sor Ignacia de la Cruz no era una mujer agraciada. Era grande y desgarbada como un olmo centenario en invierno y, cuando andaba, parecía saltar a largas zancadas que hacían retumbar las losas del silencioso claustro del convento. De niña, le costó mucho aprender a leer los evangelios pues confundía la "p" con la "b" y pronunciaba la "r" como el croar de una rana, cantaba salmos con voz de graja en laudes y maitines, y cada vez que se metía en la cocina los pasteles le quedaban crudos por dentro, los chocolates salados y se le cortaba el merengue y la crema catalana. Sin embargo, a Sor Ignacia quiso concederle Dios alguna gracia y, aparte de darle un corazón de ogra buena, tenía manos de ángel para bordar, remendar, coser vainicas y todo tipo de costuras. Era una delicia ver cómo aquella mujer tremenda movía los dedazos entre hilos y agujas diminutas como si fueran las alas traslúcidas de una libélula.

Sor Ignacia llevaba muchos años en aquel convento de clausura. Cuando estalló la guerra, una bomba inesperada cayó en las afueras del pueblo, en los campos donde sus padres segaban. Era un día de calor sofocante y su madre la había dejado dentro de un cesto de mimbre y caña, a la fresca de un nogal, mientras la mujer se ocupaba de agrupar los fajos de centeno y ataba los cencejos. Ella siempre decía que el sol la había salvado de morir junto a sus padres, que Dios tuviera en su gloria. Por eso, cuando vistió los hábitos de concepcionista franciscana, tomó el nombre de Sor Ignacia de La Luz Divina. Así pues, las monjas del convento de Ágreda cuidaron de la niña desde entonces y ella siguió el camino de oración, hábito y silencio de sus protectoras.

Un día, la madre superiora le hizo un encargo de mucha envergadura. Aconteció que en el convento se organizaban unas jornadas de estudio dedicadas al IV centenario del nacimiento de la Venerable Sor María de Jesús de Ágreda, con el fin de reanudar la causa de su canonización en Roma. Las religiosas esperaban la visita de gentes laicas y religiosas de lejanos países de Europa y la superiora se hallaba en labor de restaurar las reliquias de Sor María de Jesús: encuadernaba y ordenaba los libros escritos por ella y bruñía sus cilicios, sus cruces y flageladores. Pero la religiosa tenía un deseo especial: exponer la casulla de Nuestra Señora de los Milagros, la capa y los hábitos con los que la Venerable se ordenó allá por principios del XVII y que ella misma cosió en vida, prendas a las que el tiempo inexorable los había convertido casi en polvorientos trapos y de las que nadie, excepto la superiora, sabía de su existencia. Así que pidió a Sor Ignacia que recompusiera los hábitos y la casulla que la Madre de Ágreda bordó en una sola y aprovechada noche para Nuestra Señora de los Milagros. La pieza se impregnó de un olor a naftalina y a espliego viejo cuando la abadesa abrió un arcón de piel enmohecida clavado sobre un bastidor de madera carcomida. Allí estaban

delante de Sor Ignacia el sayal, la toca, el hábito, el escapulario y la capa de la mujer que más admiraba, después de la mismísima Virgen María.

—¡Madre, todas pensábamos que estas prendas se habían perdido con el tiempo!

—Ya ves que no, hija mía. Son todas tuyas, hermana. Que Dios ponga en tus manos toda la gracia para que remiendes estas santas prendas. Pero trabajarás después de tercias y con toda cautela. Así le daremos una gran sorpresa a las hermanas y a todos los visitantes.

Sor Ignacia era mujer de pocas palabras y, después de besar la mano de la superiora con un sonoro chasquido, salió del refectorio dando zancadas de contenta. Y hasta las viejas piedras del pasillo se removían en sus cimientos y parecían compartir la alegría de la monja grandota.

Aquella noche, a la luz de una bombilla maltrecha, Sor Ignacia comenzó con todo afán la labor más maravillosa de cuantas había de caer entre sus manos. Comenzó con la capa. La tela era de cáñamo bataneado y estaba teñida de un color que alguna vez lució de azul, pero que tres siglos más tarde pardusqueaba de viejo. El interior de la capa estaba forrada con una fina piel que se había cuarteado. Era necesario separarla con sumo cuidado para poder remendar con seguridad el cáñamo y volverla a colocar. Pero Sor Ignacia no acostumbraba a trasnochar y, después del toque de Completas, no hacía más que dar cabezadas encima del bastidor, hasta que se quedó dormida sobre la costura.

Entonces algo ocurrió: una tormenta había estallado por el sur, hacia el Moncayo, y la ventana de su celda se abrió violentamente. Un fuerte viento cargado de humedad invadió la celda de la monja, y tras él, un fulgor raudo aprovechó para deslizarse por la ventana. Sor Ignacia, al oír el ruido de la ventana, se levantó sobresaltada para cerrar los postigos y, como tenía la costumbre de descalzarse, notó el frío de la piedra en la planta de los pies. Pero al tercer paso, sintió el tacto de una losa tibia en su pie izquierdo. Miró de reojo hacia el suelo y reparó en una luz difusa de la pared de su camastro que impregnaba la celda con un halo violáceo. La luz flameaba con suaves ondas que tomaron una forma casi humana. Sor Ignacia nunca había presenciado un milagro, pero su vida de clausura la había familiarizado con historias sobre apariciones de vírgenes a pastores, de santos con poderes maravillosos y curaciones milagrosas. Así que cerró los ojos y, llena de fe, se postró ante el espectro para dar gracias a la Virgen de los Milagros por concederle la dicha de una visita tan original e inesperada.

Luego, miró hacia la figura y no cupo en sí de gozo cuando observó que aquel ángel luminoso era la propia Sor María de Jesús, la Madre de Ágreda. Allí estaba, sentada en su camastro, tan clarita como el retrato que había colgado sobre la cabecera.

—Levanta, hermana Ignacia. Que estas losas de pizarra son bien frías y no es cuestión de que agarres un catarro aunque sea de buena fe —le dijo mientras se inclinaba hacia la monja para ayudarla a incorporarse.

—¡Madre! Si supiera cuántas veces le he rogado a Dios un instante como éste.

—Bien lo sé, hija mía. Que no hago últimamente otra cosa que velar por todas mis hijas y escuchar sus gratitudes y plegarias. Pero, vamos a la faena, que he venido con la intención de ayudarte, porque a este cáñamo sí que le hace falta un milagro para quedar aparente y bien remendado.

—En buen apuro me encuentro, Madre. Porque la tela no hace más que nacerse por todos sitios. Y, además, por la noche, me cuesta el doble para atinar con el hilo en la basta.

Así que ambas mujeres se pusieron a remendar la capa. La Madre hilaba y zurcía la parte del derecho, con un hilo azul brillante como una estrella que sacó de entre sus sayas, mientras que sor Ignacia recomponía la fina piel del revés para casarla más tarde.

—Madre, siempre me he preguntado muchas cosas sobre usted. De pequeña, cuando llegué al convento, como no había otras niñas para jugar, me imaginaba que usted era una chica como yo y que jugábamos juntas.

—¡Ay, hermana! Mis tiempos no eran como éstos. La vida era bien difícil y a las niñas apenas se nos consentía jugar. Desde muy pequeñas, se nos enseñaba a bordar, a rezar y a cocinar. Aprendíamos a leer y escribir lo justo para entender los evangelios y el misal. Imagínate que con ocho años, hice solemne promesa de cumplir voto de castidad y pureza... Pero, como niña que era, también solía hacer algunas travesuras y algunas noches trepaba por el manzano que daba a la ventana de mi cuarto y me escapaba para ver el cielo en las noches de verano. Me quedaba absorta contemplando las estrellas. Las veía a millares y me imaginaba que estaban habitadas.

Sor Ignacia contempla la destreza de la Madre de Ágreda y observa cómo mueve los dedos, casi invisibles de un lado a otro de la tela.

—De novicia, me gustaba salir a pasear por el claustro en las noches de tormenta. Llegaba envuelta en mi capa hasta lo más oscuro del huerto y allí me quedaba sólo con el sayal para mojarme con la lluvia. Me encandilaba con el fulgor de los rayos y al escuchar el sonido intenso de los truenos, pensaba que dos moles de piedra se batían en duelo bajo el resplandor de las armas.

—Ha sido usted muy atrevida, Madre —interrumpe Sor Ignacia.

—A esa edad, quién no hace alguna locura, hija mía. A veces, y que Dios me haya perdonado estos juveniles atrevimientos, me subía toda mojada hasta la torre del campanario y desde allí miraba hacia las brumas que ocultaban

el Moncayo. La curiosidad me atormentaba el alma cuando pensaba en qué forma tomaría desde otros lugares esta gran montaña, que Dios nos ofrecía con todas sus maravillas de seres y de floresta, pues yo nunca salí de esta tierra soriana. Cuando era niña, los buhoneros, que traían hasta Ágreda en sus carros toda suerte de quincallas, me contaron que aunque este Moncayo agredeño era como una ladera suave y ondulada, desde Aragón parecía como si al paisaje llano se le irguiesen de sorpresa los pechos blancos de una mujer gigantesca.

—¡Madre, no hubiera imaginado nunca que usted tuviera esos deseos de salir y de conocer!

La moja se ríe a carcajadas.

—Chiss! Cuida de no hacer ruido, que vas a despertar a las demás hermanas. Pues sí, hija. Yo también fui niña y he pasado por etapas muy distintas en mi vida. Pero voy a seguir con lo que te contaba... Pues, cuando regresaba a la celda, me secaba con la sábana del camastro y caía vencida por el sueño y el frío encima de la tabla. Entonces soñaba y soñaba y parecía que los sueños me llevaban a lugares remotos donde veía mares ancestrales que el tiempo convirtió en piedra y a los que grandes fuerzas, que Dios puso en la Tierra, habían elevado hasta formar montañas como ésta. Y allí se hallaban inmóviles, no se si vivos o muertos, envueltos entre las piedras y ocultos entre las argamasas de simas y cuevas, animales extraños que parecían lagartos del tamaño de cinco hombres, y conchas y otros seres marinos.

—Todo lo que la Ciencia estudia en nuestros días, usted lo aprendió en sueños, Madre ¿Se da cuenta de cuantos años han pasado para que los hombres comprendan cómo se formó la Tierra y las leyes de la naturaleza?

—Sí, es verdad, hija. Yo las intuí desde muy niña y nadie me hizo nunca el menor caso, porque entonces a las mujeres se nos silenciaba y se nos sellaba la lucidez. Así que pronto aborrecí este deleite de los sentidos y pocas veces que me permití hablar sobre estas cosas, pues mi confesor las entendió como trampas del demonio, que quería imponerse en mi joven mente. Así que mis dedicaciones retornaron a la ascética y al recogimiento, que desde niña decidí para mi humilde persona.

Sor Ignacia escucha atenta a la Venerable. Parecía como si sus palabras revistieran cierto matiz de tristeza y las puntadas tomaban un ritmo más lento sobre la tela azul.

—Madre, parece que algo le apena.

Cierta claridad rosada asomaba por la pequeña ventana. Había dejado de llover y la mañana se prometía dulce y húmeda, cargada de un aroma a lilas y a rosas del jardín. Sor María de Jesús mira absorta hacia el ventanuco. Su semblante se vuelve grave y su voz se torna más baja, como si hablara para sí misma.

—A veces me pregunto si no me exigí más de lo debido e impuse mis duros criterios a las demás hermanas sin pensar lo que pudieran sufrir por ello. En fin, he sido una hija de mi tiempo. Una época, hermana, en la que el dolor se idealizaba hasta cotas demasiado elevadas.

—Para mí, son difícil de comprender todas esas mortificaciones que usted llevaba con tanta austeridad, Madre.

—Hija mía, Dios nos ofrece con la muerte la posibilidad de volver a la cordura que en vida perdemos en muchas ocasiones. Ahora, aguas pasadas, sé que muchos de mis padecimientos fueron vanos, pues Él no nos exige más sacrificio que el que acontece día a día. No hubieran sido necesarias aquellas noches que pasé arrastrando pesadas cruces de hierro y arrodillada hasta que sangraba, apenas sin probar bocado y durmiendo sobre espinas...

Sor Ignacia se mantiene en silencio pero no deja de observar las manos y los gestos de la Venerable. Ésta lo advierte y retoma la costura.

—Pero, basta ya. Esta labor está casi acabada. Ha quedado casi igual que la primera vez que la bordé. Pronto tocarán a maitines y habrás de reunirte con la comunidad. Hasta entonces, debes descansar, mi buena hija.

La Venerable se levanta y le toma las manos.

—Si yo hubiese tenido ni la mitad de tu sencillez... Te doy las gracias, por todo. Por remendar tan hermosamente mis hábitos, por tu compañía, por tu dulce comprensión. Adiós, hija mía. Que Dios te guarde.

Pero Sor Ignacia no pudo escuchar su despedida: se había quedado dormida encima de la mesa, con la capa sobre sus rodillas.

Al día siguiente, la abadesa, ayudada por Sor Ignacia, vistió la imagen de la Madre de Ágreda.

—Hermana Ignacia, parece como si la propia Madre hubiese bajado del cielo para coser los hábitos. Has hecho una labor digna de un milagro —la elogia mientras coloca el sayal y la toca sobre la imagen de la Venerable.

Sor Ignacia baja la cabeza y asiente. Luego, toma la capa entre sus brazos y la cuelga por los hombros de la figura.

—Eso me parece a mí también. Es como si hubiera soñado que la Madre María de Jesús...

Sor Ignacia guarda silencio, repentinamente, mientras alisa con ternura el dobladillo para evitar las arrugas indiscretas.

—¿Sí, hermana? ...

—Nada, Madre —Sor Ignacia le enseña una sonrisa bobalicona — Ya no sé qué iba a decirle. Que últimamente parece que me hago vieja y esta memoria mía ya no es lo que era.